

La Habana, 5 de octubre de 1965.

Mi querida María:

Desde esta tierra lejana, donde el calor abrasa tanto como el recuerdo de tu mirada, tomo papel y pluma para escribirte lo que mi corazón guarda desde hace tantos años. El tiempo ha pasado inexorable, pero en mi memoria permaneces nítida como la última visión que conservo de tí, hace hoy sesenta años.

¿Recuerdas nuestros paseos por Osorio? El aire fresco del pico, el aroma de los pinos, tu risa que resonaba entre los árboles mientras caminábamos por aquellos senderos. Cada paso que dábamos era una promesa futura, cada mirada un juramento en silencio.

Espero que recuerdes que, frente a nuestra Virgen del Pino, sellamos un compromiso que el destino no nos permitió cumplir.

La vida me ha llevado por otros derroteros. Cuba me ha dado una familia, hijos que son mi refugio y alegría, y una esposa que ha sido mi compañera fiel en esta dura travesía como emigrante. Pero hay un rincón en mí que sigue anclado en aquella plaza de Teror, donde una jovencita con mantilla blanca me despidió con lágrimas contenidas, y un adiós tembloroso en los labios.

Ese primer amor, María, ese amor puro que solo se siente una vez en la vida, sigue vivo en mí.

Sueño con volver algún día a nuestro querido Teror, para encontrarte en la plaza, quizás después de misa, como tantas otras veces. Tal vez entonces, con el peso y la experiencia de los años sobre nuestros hombros, podré darte aquel beso que nunca me atreví a robarte, ese beso tímido que ha vivido en mis sueños durante todas estas décadas.

Hoy de repente el aire caliente de La Habana se transformó en la brisa fresca de nuestra tierra, y aunque la vida nos llevó por caminos diferentes, mi corazón siempre regresa aturdido a aquellas calles empedradas, a las tardes de paseo bajo los balcones de madera.

Regreso con mi carta a tí, María, a tu juventud intacta en mi memoria, a tu sonrisa tímida y a tus ojos de miradas-palabras. Regreso con mi carta a Teror, y por primera vez siento que no me he ido, con un recuerdo dulce y húmedo, como el agua de sus nacientes.

Quizás esta carta no llegue a tus manos, y sólo sea una forma de dar voz a estos sentimientos que han vivido conmigo durante tantos años. Pero quiero que sepas, donde quiera que estés, que aquel amor de juventud sigue intacto en mí como el día que partí.

Siempre tuyo, Alejandro.

Firmado: Ángel Veloz